

MONTOBBIO DE BALANZÓ, M. *Tiempo diplomático*, Barcelona, Icaria, 2012, 115 páginas.

Un viaje en el barco de la diplomacia con equipaje académico

Manuel Montobbio, diplomático y académico español, escritor prolífico nos ha regalado un nuevo libro, *Tiempo Diplomático*. Se une a dos libros de ensayo anteriores (*La metamorfosis de Pulgarcito. Transición política y proceso de paz en El Salvador*, basado en su tesis doctoral en ciencia política; *Salir del Callejón del Gato. La deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global*) y a dos libros de corte más literario (*Guía poética de Albania*, una sinfonía en cinco movimientos para comprender la esencia y la intrahistoria de Albania; *MUNDO. Una geografía poética*, un poemario con claves cartográficas). Y a innumerables artículos, académicos y de divulgación, a los que más recientemente ha añadido las columnas regulares de su blog (Ideas subyacentes).

Que un diplomático escriba es, en clave comparada y desde hace siglos, habitual, profesionalmente (siempre ha constituido una parte importante de su menester), y también literaria y ensayísticamente. La lista de poetas o novelistas que escribieron obra importante mientras ejercían la profesión diplomática es importante y variada. Los ensayos y análisis con punta académica escritos por diplomáticos, habituales. Por último, menudea en muchas lenguas el género de memorias escritas por diplomáticos.

Menos habitual es, empero, que los diplomáticos escriban libros con punta teórica sobre el ejercicio de la profesión. Lisa y llanamente, es un género más frecuentado directamente por académicos o analistas. Y menos todavía que ese ejercicio de reflexión teórica académica, como el Montobbio, combine el análisis con notas autobiográficas y con registros literarios. Y todo eso es lo que ofrecen las apasionantes 115 páginas del libro, que se compara explícitamente con una botella lanzada desde una isla al mar: sabemos qué hemos puesto en ella pero no qué camino recorrerá ni quién la verá o leerá.

En palabras del autor, *Tiempo diplomático* ofrece un viaje en barco completo en nueve momentos, con un principio y un final que juegan con el tiempo. Y lo hace a la manera de un destino diplomático en el exterior, que implica representar al nosotros frente y en el terreno de los otros. El libro se inicia hablando del tiempo diplomático, la “conducción de la nave del estado en el mar de la sociedad internacional”, un mar en el que debe interaccionar con múltiples actores, realizar maniobras y dialogar en foros heterogéneos sobre destinos, rumbos y singladuras. Y acaba el libro hablando del “diplomático en el tiempo”. Entre principio y final, tiempo para los preparativos (antes de partir), el despliegue, el inicio del rumbo, mar adentro, puerto a la vista, la despedida y la mirada personal (de todos los “yo” que yo he sido). Dicho de otra forma, esos nueve apartados permiten transmitir una idea fuerza, que la diplomacia, el diplomático, sabe su destino, pero no su rumbo, no las rutas concretas a transitar en el tiempo de la profesión, un tiempo diferente, objetivo y subjetivo, un tiempo diplomático. Y, además, lo hacen, como confiesa el autor, combinando en su escritura razón y corazón.

Esos nueve apartados tienen, para los ojos de los internacionalistas que frecuentamos estas páginas, un manifiesto interés, profesional. La clave del interés del libro está en las preguntas generadoras: “A lo largo de mi vida diplomática, o de persona que es diplomático, no pocas han sido las ocasiones en que he contemplado caras extrañas, extrañadas al presentarme como tal, como si se preguntaran qué extraño ser o animal es un diplomático, a qué se dedica, cuál puede ser el argumento de su esperanza o el guión de su vida, en qué ocupa su tiempo (ocupado - y a qué dedica su tiempo libre). ¿Qué es la diplomacia?. ¿Ciencia o arte?. ¿Qué es un diplomático y para qué sirve?. ¿Cuáles son sus características y funciones esenciales?. ¿Y sus tiempos?” (pág. 9). Las preguntas le permitirán, al intentar responderlas superar ese antiguo dilema, que tan bien reflejó Nicholson en su célebre breviarío sobre la diplomacia, que se pregunta si la diplomacia es arte o ciencia, intuición o razón: ambas cosas, en simbiosis constante e inseparable.

Muy interesante es el uso de la experiencia particular, profesional y personal. Profesional, con destinos en San Salvador, Yakarta, México, Guatemala y Tirana, sin olvidar Madrid. La personal, claramente vinculada a la mirada analítica, a la obsesión por preguntarse, por entender, esa que hizo a Manuel embarcarse en un doctorado, dedicado a la reflexión sobre el proceso de paz y la triple transición de El Salvador, y, desde ese momento, a su tenaz intento de comprender la esencial, la intrahistoria y las claves de los países en que trabaja y, sobre todo, sus procesos políticos y sociales de cambio. La combinación de la mirada profesional, personal y académico produce resultados muy positivos, que amplían la concepción de la tarea diplomática. Destaco en particular la definición de las funciones de la diplomacia, con independencia del asunto sustantivo al que se apliquen: representar, informar y negociar, como dicen los manuales; a las que, convincentemente y mediante ejemplos, Montobbio añade las de catalizar y “traducir mundos”, una formulación innovadora y cargada de posibilidades. La función de catalizar nos recuerda que el tiempo diplomático es tiempo de prudencia, de discreción: un catalizador es un agente imprescindible para que se produzca una reacción química, un agente que, sin embargo, no es perceptible de forma explícita en el resultado final. Y la de “traductor” de mundos enlaza con las reflexiones recientes sobre diplomacia y para diplomacia como ejercicio de gestión del “extrañamiento”, de conversión del otro en uno y del uno en otro,

No menos interesantes, y fecundas para incluso generar preguntas de investigación, son las páginas dedicadas justamente al diplomático como actor, como intérprete doble de persona, él mismo, y de personaje, es decir, el representante de su Estado en otro Estado. El diálogo interpretativo constante entre persona y personaje es complejo, y a menudo no fácil. Aunque quizás sea la parte del libro que más descubre lo personal, al hablar de los diversos “yos” que el autor ha sido, es también una de las partes con más posibilidades de desarrollo en el futuro.

En suma estamos ante un texto que va mucho más allá de la confesada intención de seguir el consejo de Llorenç Villalonga en el arranque de *Bearn*, explícitamente citado por Montobbio, la primera mitad de la vida es para vivirla y la segunda para escribir sobre cómo el mundo y la vida han escrito en nosotros mismos. Es mucho más que un ajuste de cuentas entre el diplomático, el académico y el escritor que reflexiona sobre la

primera mitad de su vida. Es mucho más que incluso el importante ejercicio de reflexionar sobre cómo el diplomático practica el despliegue hacia fuera y el repliegue hacia dentro. Es, sobre todo, un pozo de ideas con enorme potencial heurístico, que permiten formular preguntas y un excelente compendio de respuestas para entender, como internacionalistas, que los diplomáticos siguen siendo imprescindibles, porque los diplomáticos son mucho más que funcionarios que ejercen de bisagra entre mundos. Han sido y siguen siendo analistas de las relaciones internacionales.

De ahí que valga la pena leer con detenimiento el libro, por su contenido, y por su forma, mezcla exitosa de géneros. Sí, el autor no miente al decirnos que se nos invita a un viaje en el barco de la diplomacia, pero, y eso no lo dice tan claramente, con un equipaje académico que lo convierte en lectura universitaria de alto nivel.

Rafael Grasa
Universidad Autónoma de Barcelona